

No satisfecho del triunfo que significó esa obra para su carrera literaria, Asturias amplió la expresión de sus dotes narrativas con esa gran novela que es *El señor Presidente*, novela ya incorporada definitivamente a la serie de obras que captan la realidad de nuestro Continente, con palabra áspera y ojo avizor, con épica anchurosidad, con espíritu recio que recoge la verdad de América.

Sin embargo, a pesar de su auténtico espíritu de novelador, creemos que Asturias es, ante todo, poeta. Su antología lírica que, con el bello título de *Sien de alondra* apareció en mayo de 1949, es fiel espejo de su intenso temperamento poético. He aquí, con gran riqueza rítmica, su honda emoción, su sentido expresional que —según lo reclame el momento creativo— es sintético o desbordante. He aquí poemas indigenistas y poemas universalistas, porque el poeta ha recorrido el vasto mundo con la visión de Guatemala en su espíritu. He aquí la canción breve y jugosa y el poema denso y esotérico, porque el artista sabe renovarse sin perder nunca su personalidad. En París como en Guatemala, en México como en Egipto, Palestina, Italia, Grecia, España, Buenos Aires, Italia o Nueva York, en todo ese ambular pleno de sugerencias estéticas, ha realizado Miguel Angel Asturias una obra que le ubica entre los más finos y humanos poetas hispanoparlantes de la hora actual.

DORA ISELLA RUSSELL, *Oleaje*.—Montevideo, 1949. Biblioteca "Alfar".  
152 pp.

Cuando, en 1943, esta joven poeta publicó en Montevideo su primer libro, titulado —con tan noble sencillez— *Sonetos*, señalamos la revelación de un auténtico temperamento lírico, por la depuración de sus gustos estéticos, la fina música de sus estrofas, la emotividad honda y sutil de sus estados de ánimo. Dijimos entonces que Dora Isella Russell entregaba su mensaje poético sin los titubeos propios de un libro de adolescencia.

Su soneto significa algo distinto del modelo clásico y del cultivado por los modernistas; y en tal sentido se vincula el renacimiento de esa forma poética: ordenación, fijación de ese mundo revelado, mundo algo caótico en su ineditéz, en su fugacidad, en la multiplicidad de sus sugerencias; expresión concentrada, desbrozada de todo elemento no esen-

cial. Luego de ese manojito de veinticinco sonetos —en los que nos enfrentamos al misterio de la vida, a la soledad sonora, a los rostros perdidos en la niebla, a la nocturna laxitud de la renuncia, a la saudade, a la sonrisa triste, a los maravillados puentes interiores—, Dora Isella publicó, en 1946, su segundo libro, más amplio: *El canto irremediable*, que obtuvo uno de los premios oficiales de literatura. En ese canto aparecen, junto a sonetos que continúan la ruta de su libro inicial, poemas en verso libre, de viva música interna, en los que hay una mayor fuerza comunicativa.

Algunos estudios en prosa, dispersos en diversas revistas de América, fueron diciéndonos de la densa cultura de esta escritora, que acaba de publicar su tercer poemario: *Oleaje*, en edición de irreprochable gusto, con una expresiva acuarela que firma el artista Vicente Martín.

*Oleaje*, que lleva un conceptuoso prefacio de Ventura García Calderón, se divide en dos partes: "Voz de Solveig" y "Sonetos del encuentro". En la primera *suite* hay, sin duda, una mayor riqueza musical, los treinta sonetos siguen caracterizándose por un espíritu sintético que no significa economía expresional.

Las octavas reales que incluye "Voz de Solveig" poseen un ritmo majestuoso que recoge noblemente la grave y limpia emoción:

En la sangre tu nombre llevo ahora  
—sueño del sueño, llama venturosa,  
vuelo nocturno y suspirar de aurora—.  
En mi recién sabida edad dichosa  
llega el presentimiento de la hora  
alada, tierna, extática, gozosa,  
como si un astro nuevo iluminara  
el cielo azul y la mirada clara.

Mi alma de ayer en tu alma de hoy recreo,  
nombre secreto en canto silenciado,  
erguida soledad en que me veo  
con mi imagen entera y mi pasado;  
desde la densa gruta del deseo  
hasta mi pecho oscuro y vigilado,  
más liviano que el paso de la sombra  
es el aliento oculto que te nombra...

Es sólo un fragmento de "Toda la eternidad que yo pedía", poema con que se inicia *Oleaje*. En otras páginas —Fugacidad, Una tarde, El enigma, El fantasma, Elegía, Lo eterno, Sueño, Evocación del suicida, Día sin voz, Evasión, Cárcel de amor, Reencuentro, Desamparo, Tempo de soledad, Corazón en guerra, Videncia, La paloma, Medianoche, El poc-

ma— asistimos a la fiesta de escuchar ese cotidiano dialogar anímico, en un vagabundaje “sin prisa ni pausa” por los nocturnos jardines de la Poesía, que van floreciendo en música de imágenes, en tiempo de soledad, en ritmos de anchurosa hermosura, en reencuentros que se alzan como grandes oleadas de emoción. Este libro —que constituye un acontecimiento en la nueva poesía de América— puede llevar, como los anteriores de la autora, tan severa en la línea armoniosa de su personalidad, el certero epígrafe de Victoria Ocampo: “El poeta tras el bautismo de fuego que cada siglo le reserva, intenta reconstruir el mundo a imagen de una belleza de la que no puede prescindir”.

GASTÓN FIGUEIRA

ALFONSO REYES, *Cortesía*.—México. Editorial Cultura, 1948. 337 pp.

La poesía social —de relaciones de amistad y de cortesía— es de antiquísima prosapia y fué cultivada por muchos de los más grandes talentos de todos los tiempos. En ingeniosas formas poéticas solían darse los parabienes y albricias por cualquier hecho venturoso o expresarse la condolencia en caso contrario. En sutiles y a veces complicadas formas rimadas comunicábanse los hombres —y aun las mujeres— sus ideas y sentimientos, ya cordiales o hirientes, regocijados o tristes. El hombre de letras era entonces más despreocupado y más adicto a estos juegos de la imaginación y del espíritu porque vivía en un mundo menos dramático y complejo en el que los problemas trascendentales de la vida le llegaban resueltos de antemano y la humanidad podía reír de sus propias tonterías.

En nuestra época afanosa y trajinada, materialista y técnica, ruidosa y trágica, esta simpática tradición ha caído en desuso y casi ha desaparecido ya. Lo mismo ha ocurrido con la epistolografía, las tertulias, el arte de la conversación y tantas otras formas amables, refinadas y cultas en que se expresaban antaño las relaciones sociales. Nuestra era es gregaria, escéptica, “sofisticada” y terriblemente seria, a pesar de la “guaranguería”, el estridentismo, la aparente despreocupación y la banalidad con que nos empeñamos en disimular la íntima angustia. La vida actual ha desterrado o poco menos las formas exquisitamente inútiles y